

los planes de Danton sobre el Oriente y el Mediterráneo: «Por grandes que sean las prevenciones de la aristocracia veneciana contra la nación francesa, es mucho mayor su odio á los rusos y á los austriacos.» Rusia aspira á conquistar el Archipiélago; Austria quiere establecerse en Italia, donde domina ya; la una y la otra están interesadas en desollar á Venecia y desmembrarla. Añada usted los ingleses, que, codiciando á Malta, Candia y Rodas, se disponen á arruinar su comercio... Francia sólo aspira á protegerse, no pide á Venecia por ahora más que la neutralidad; está pronta á negociar un tratado de comercio, que el por venir podrá transformar en alianza. «Es hoy más importante que nunca para Francia conservar, ó mejor, vivificar una rama de comercio tan ventajosa como el de Levante, y asegurarse una sólida posición en el Mediterráneo, mina de riqueza inmensa, equivocadamente despreciada hasta hoy, y que es ya tiempo de explotar para contrapesar el desastre de nuestras colonias:»—No son de despreciar tampoco las lecciones de arte diplomático que en este mismo documento se dan á Noël. La guerra en que nos hallamos comprometidos, dirá Noël, es «una guerra á muerte entre nosotros y el Austria.» Pintará como «un golfo devorador á esta potencia ambiciosa... odiosa á sus mismos aliados.» Mostrará á estos aliados «dispuestos á aplaudir el desmembramiento de aquella potencia gigantesca.» «Dejará vislumbrar para la propia Venecia una parte considerable en el desmembramiento de Austria, mientras que, por otra parte, su poderío podrá aumentarse con los restos del patrimonio de San Pedro y de las usurpaciones de la Santa Sede.» Inspirándose en los principios del «célebre negociador Velay, de Sully, de Richelieu,» Francia aspira á reunir en torno de ella á los Estados débiles, los cuales tienen necesidad de «volverse hacia ella, como hacia su protectora y su apoyo.» Noël trabajará en preparar esta alianza en Venecia, y se aplicará á disipar la «calumnia que presenta á la República animada del espíritu de proselitismo.»

Llególe el turno á Inglaterra. Todas las reclamaciones del gobierno inglés se reducían á que la República francesa renunciase á la conquista y propaganda, y por haber sido desatendido, Pitt arrastró á la nación á la guerra. Con el decreto de trece de Abril en la mano, no desesperaba Danton de convencer á los demócratas ingleses de las nuevas intenciones de la República, y con el concurso de éstos, traer á la nación inglesa á ideas pacíficas. Y no se equivocaba. Tomás Paine le escribió el seis de Mayo. «Estoy enteramente de acuerdo con usted en que Francia no intervenga en el gobierno de ninguna nación, ni consienta que país alguno extranjero intervenga en su gobierno. El decreto dado sobre el particular era un acto previo indispensable para el restablecimiento de la paz.» En análogo sentido se expresaron otros varios demócratas. Hubo más. Uno de ellos, Mathews, se ofreció á mediar entre los dos Gobiernos; Lebrun llevó el asunto al Consejo, y éste acordó aceptar el ofrecimiento, «considerando que su deber es no despreciar ningún medio de evitar las calamidades que la guerra encendida amenaza acarrearlos.» Partió

Mathews con una carta de Lebrun para Grenville, y el diez y ocho de Junio se hallaba de vuelta con la contestación del ministro inglés, el cual decía que no rehusaba entrar en negociaciones por la vía diplomática, siempre que la República diese seguridades de sus disposiciones pacíficas y ofreciese á Su Majestad y á sus aliados... satisfacción cumplida, seguridad é indemnización.» Mucho pedía el inglés; pero las negociaciones quedaban abiertas.

Como se ve, las gestiones de Danton y de Lebrun hallaban eco; poco á poco las naciones iban deponiendo su actitud hostil, y en todas partes se advertían síntomas reveladores de un próximo y feliz desenlace. Cabe pensar, pues, lo que expresamos arriba: que si la política internacional de Danton hubiese prevalecido, quizá la coalición de las potencias se hubiera disuelto por sí sola y se hubiera salvado la República. Mas, cuando la labor estaba ya bastante adelantada; cuando se había concluido un tratado de alianza entre la República francesa y la nación sueca; cuando el rey de Prusia había manifestado que vería con gusto en Alemania á un ministro de la República; cuando la misma Austria, más fatigada de la guerra que ninguna otra, se inclinaba resueltamente á la paz, entonces triunfó en la Convención la política del Terror. Ya desde veinticuatro de Abril, el cosmopolita Cloots había desarrollado su tesis favorita sobre la «constitución de la República del género humano», llegando en su desvarío al extremo de proponer á la Convención decretase que sus individuos eran representantes, no solamente de Francia, sino del género humano entero, y en la misma sesión, Robespierre había presentado un proyecto de declaración de los derechos, basado en estos principios: «Los hombres de todos los países son hermanos y deben ayudarse como ciudadanos de un mismo Estado. El que oprime á una nación se declara enemigo de todas... Los reyes, los aristócratas, los tiranos, como quiera que sean, son esclavos sublevados contra el soberano de la tierra, que es el género humano, y contra el legislador del Universo, que es la Naturaleza;» á lo que contestó el dantonista Robert: «Quiero que el legislador de Francia olvide un instante al Universo para no ocuparse más que en su país; quiero esta especie de egoísmo nacional, sin el que faltamos á nuestros deberes... Amo á todos los hombres, amo particularmente á todos los hombres libres, pero amo más á todos los hombres libres de Francia que á todos los otros del Universo.» Robert fué aplaudido; la proposición de Robespierre, desechada. Pero no era Robespierre de los que se resignan con la derrota. No repetiremos una vez más que no perseguía otro fin que la satisfacción de su vanidad, sin dejar de reconocer que este vicio movía con demasiada frecuencia su pensamiento y su mano, pero no cabe duda que era un obcecado, un sectario de la filosofía, cuyos dictados quería llevar á la práctica por el procedimiento del musulmán: la guillotina dentro y la guerra fuera. Astuto y solapado, poco á poco le fué minando á Danton el terreno, hasta que le lanzó del Comité el diez de Julio, sustituyéndole con parciales suyos. Lebrun ya no salió

de la cárcel sino para ir al cadalso. Toda la obra levantada por aquellos dos patriotas se derrumbó. Las tentativas de negociación fueron abandonadas; los agentes de la República, echados de todas partes, ó gravemente insultados, y algunos, como Maret y Semonville, detenidos y encarcelados. Francia no estuvo representada fuera más que por unos cuantos agentes secretos, cuyo cometido no era tratar con los príncipes, sino sublevar contra ellos á los pueblos; no resolver los conflictos existentes, sino provocar nuevas revoluciones. «Nuestras relaciones con las potencias extranjeras, escribía Desforgues, son las de una plaza sitiada.» La predicción de Dantón iba á cumplirse: «Si se vence, muere la República; si es vencido, muere el país.» Tal fué el callejón sin salida á donde condujo el Terror; y ¿habrá todavía quien le atribuya parte en las victorias de Jourdan y de Hoche?



CAPÍTULO QUINTO

Fin de la guerra civil.—El Terror fuera de París.

A misma semana en que Hoche expulsaba de Alsacia á los alemanes, la plaza de Tolón era recobrada y destruido el gran ejército vendeano. Y este hecho de la pacificación interior, si menos brillante, no cede, antes supera en importancia á los triunfos alcanzados en las fronteras; porque las guerras exteriores, por regla general, si quebrantan, no matan, y á veces favorecen á los pueblos reanimando el sentimiento nacional, al paso que las guerras civiles, dividiendo el cuerpo social en dos mitades y oponiendo mitad á mitad, conducen necesariamente, cuando persisten, á la disolución y á la muerte, del mismo modo que las enfermedades en el organismo individual. Si no, ahí está la experiencia. En medio de guerras civiles sucumbió el gigantesco imperio romano; la guerra civil fué la causa de la muerte de Polonia; la guerra civil, la que ha conducido á España á su actual postración y desventura. Y esto es claro. Si la actividad que cada ciudadano debe emplear en amar á sus conciudadanos, y cooperar al bien de todos, la emplea en odiarlos, en contrariar sus deseos y en matarlos si puede, y esto un día y otro día, indefectiblemente la nación sucumbirá. Por esto la paz interior es para los pueblos condición de vida más importante que la paz exterior, y por tanto, lo fué para la República francesa la conclusión de la guerra civil, más aún que los grandes éxitos militares obtenidos en el Norte y el Este. Veamos á grandes rasgos cómo se camina á ese feliz desenlace, empezando por la Vendée.

Después de un fracaso en Nantes, los jefes vendeanos nada volvieron á intentar al objeto de apoderarse de un puerto en Bretaña, condición que les imponían los ingleses para